

Patrones y estrategias de intercambio entre europeos y americanos durante el primer viaje colombino, 1492-1493

Alfredo BUENO JIMÉNEZ¹ 

Resumen

El propósito de la investigación es identificar y analizar la cultura material peninsular-ibérica y americana que se empleó durante las interacciones del primer viaje colombino, con objeto de aproximarse a los patrones y estrategias de intercambio que emplearon ambos grupos, ya fuese para iniciar alianzas, relaciones ‘amistosas’ o adquirir elementos exóticos y/o de valor de la contraparte. En este sentido, el escenario de estudio se circunscribe a las interacciones que se dieron en primera instancia en el archipiélago de las Bahamas, seguidas por el nororiente cubano, la costa Norte de Haití y República Dominicana. Para ello, se parte del estudio de noticias tempranas contenidas en diferentes informes del corpus colombino, al insertar y extraer la memoria del primer viaje. A su vez, la información se enriquecerá con la evidencia arqueológica de origen europeo y local que ingresó a la red de intercambio en fase temprana del ‘Contacto’.

Palabras clave: Cristóbal Colón, Bahamas, Caribe, intercambios, cultura material, objetos.

Abstract

The purpose of this essay is to identify and to analyze the peninsular-Iberian and American material culture that was used during interactions of the first Columbian voyage, in order to approach the patterns and strategies of exchange used by both groups, either to initiate relationships ‘friendly’ or acquire exotic and/or valuable items from the counterparty. In this sense, the study scenario circumscribes the interactions in the first instance in the archipelago of the Bahamas, followed by the east of Cuba, the north of Haiti and the Dominican Republic. To do this, we start from the study of early news contained in different reports of the Columbian corpus, inserting and extracting the memory of the first trip. In turn, the information will be enriched with the archaeological evidence of European and local origin that entered the exchange network in the early phase of ‘Contact’.

Keywords: Christopher Columbus, Bahamas, Caribbean, exchanges, material culture, objects.

Introducción

Las primeras relaciones interétnicas entre europeos y comunidades americanas resultado del ‘intercambio colombino’, estuvieron marcadas por el itinerario del primer viaje y

objetivos diplomáticos y comerciales del mismo, circunscrito en primera instancia al reconocimiento de algunas islas del archipiélago de las Bahamas (12 al 27 octubre de 1492), lo que es actualmente la isla de San Salvador (‘Guanahani’), Rum Cay (‘Santa María la Concepción’), Long

¹Universidad Anáhuac México, alfredo.bueno@anahuac.mx.

Island ('Fernandina'), Long Cay ('Cabo Hermoso'), Crooked Island - Acklins ('La Isabela') y Ragged Island ('Islas Arenas'), cuyas poblaciones refirió Bartolomé de las Casas como 'lucayos', al considerarlos 'moradores de cayos' (1994: 552). La navegación continuó por el nororiente cubano (28 de octubre al 5 de diciembre de 1492), fondeando en diferentes enclaves costeros de la provincia de Camagüey hasta punta de Maisí, siguiendo por la costa Norte de la isla de La Española (6 de diciembre de 1492 al 16 de enero de 1493), de Môle-Saint-Nicolas (Haití) a la Bahía del Rincón, en la península de Samaná (Rep. Dominicana), concluyendo el viaje el 4 de marzo cuando La Niña avistó el peñón de Sintra, cerca del puerto de Lisboa y desembocadura del río Tajo. El resultado de estos encuentros interculturales fue el ofrecimiento e intercambio de elementos materiales entre la sociedad castellana y una diversidad de comunidades de las Bahamas y Antillas Mayores, que permiten visualizar las dinámicas sociales y materiales que se utilizaron a través de lo que Floris W. M. Keehnen y Angus A. Mol han denominado la 'economía del regalo' (*gift economies*) (2020:2), donde bienes con fines utilitarios, de manutención, adorno y exotismo, se entrelazaron con identidades, estatus, alianzas comunitarias y personales.

Durante las últimas décadas, investigadores asociados al campo de la antropología histórica, la historia y arqueología del 'Encuentro' han logrado avances significativos con respecto a la materialidad de estas primeras interacciones en el Nuevo Mundo y, de un modo en particular, en el archipiélago de las Bahamas (Hoffman 1986; Keegan 1997 y 1992; Berman y Gnivecki 2019, entre otros), poniendo el acento en la materialidad 'lucaya' y castellana. Lo mismo se puede indicar de múltiples líneas de investigación a nivel regional y multiescalar del 'Contacto' temprano en las Antillas Mayores (Ortega, 1982, 1988 y 2005; Deagan, 1987, 1995, 2002a y 2002b; Deagan y Crucent, 2002; Ortega y Veloz Maggiolo, 1992; Hofman, 2019; Keehnen, 2019; Keehnen y Mol, 2020; Valcárcel Rojas, 2016 y 2019; Henry y Woodward, 2019; Kulstad-González, 2020; Patricia Woodward, 2006; López y Sebastián, 1983; Schiappacasse, 2021; Samson y Cooper, 2015, entre un largo etcétera), junto al análisis de la evidencia artefactual de

los primeros naufragios castellanos, como el localizado en el arrecife de Molasses (Keith et al. 1984), de finales del siglo XV, en aguas de Turks & Caicos Island; el de Highbourn Cay (Smith et al. 1985), de principios del siglo XVI, en Exuma Islands; incluyendo uno de los navíos abandonado por Colón en St. Ann's Bay (Smith, 1984), Jamaica, en 1504.

En el primer viaje de Colón, a diferencia del resto que realizó y 'Viajes Menores' a las costas venezolanas, el comercio estuvo en cierto modo 'descentralizado', limitándose a una escala pequeña de intercambios recíprocos e informales, aunque a menudo Colón intentó controlarlo a través del escribano de la armada, Rodrigo de Escobedo, quien enviaba para 'vigilar' y 'controlar' los rescates. Por el contrario, las transacciones durante el segundo y viajes posteriores, estuvieron profundamente estratificadas, en ocasiones insertas en contextos ceremoniales o de conquista, monopolizadas y restringidas por la corona castellana a través de sus representantes, los oficiales reales, únicos encargados de controlar y fiscalizar la economía del 'rescate' en suelo americano. No obstante, Kathleen Deagan y José María Crucent para el caso del sitio de La Isabela, llegaron a proponer la existencia de una economía informal, paralela a la formal e institucionalizada, mediante la venta clandestina e ilegal de bienes (2002:193-194).

Hay que destacar la ausencia documental del registro de mercancías que se embarcaron en el primer viaje, al no conservarse el libro de armada, aunque la estructura de intercambio se refiere en la crónica, que ofrece datos cualitativos del trueque y obsequio de bienes de consumo, objetos cerámicos, vitrificados o fragmentos de vidrio roto, acuñados en metal, prendas de vestir, textiles en crudo o tejidos, plantas, bebidas y animales vivos. Las mejores referencias se encuentran en el cuaderno de bitácora de Colón, comúnmente conocido como el *Diario de a bordo*, que constituye el registro más fehaciente de lo que sucedió durante el viaje, especificando los vientos que soplaban, las distancias que navegaron, las fisiografías de las porciones de tierra que exploraron, incluyendo los bienes que se intercambiaron en los primeros 'Encuentros'.

Sin embargo, es necesario precisar que el original autógrafo del *Diario* y todas las copias íntegras

que se hicieron del mismo se han perdido o no se han localizado, y solo queda la copia ológrafa que realizó Bartolomé de las Casas, actualmente custodiada en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de España (VITR/6/7), quien extractó e insertó posteriormente en diferentes capítulos del primer libro de la *Historia de las Indias* (1529-1561)¹, e imprimió por primera vez Martín Fernández de Navarrete para su *Colección de Viajes y Descubrimientos* (Madrid, 1825)². Otro tanto sucede con la *Historia del Almirante* de Hernando Colón (h. 1537-1539), cuyo manuscrito original se ha perdido y sólo queda la versión italiana, que reproduce información de los escritos de su padre, así como las *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* del bachiller Andrés Bernáldez, amigo personal del genovés, a quien tuvo el honor de recibirlo en su casa y disfrutar de sus papeles, o *De Orbe Novo Decades Octo* de Pietro Martire d'Anglería, quien se nutrió de primera mano de informes del Almirante para escribir su propia obra, y la recopilatoria *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* de Antonio Herrera y Tordesillas (1601).

La materialidad como nexo de las interacciones del primer viaje

Dos horas después de la media noche del jueves 11 de octubre de 1492³, la carabela capitaneada

¹ Antonio Rumeu de Armas llegó a negar la paternidad de Las Casas con respecto a extracto del *Diario de a bordo*, al justificar que el dominico se limitó a re-copiar una copia sumaria previamente hecha por un autor anónimo, idea que no compartimos, pues las correcciones que el mismo padre Las Casas hizo en su manuscrito autógrafa no tendrían sentido alguno, a excepción del original (Rumeu de Armas, 1973:124-125).

² Se encuentra digitalizada en la Biblioteca Digital AECID del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación: <https://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.do?id=731>

³ Las cronologías anotadas en la edición ológrafa que hizo Bartolomé de las Casas del Diario de abordaje de Colón se rigen por el Calendario Juliano, sistema de representación del paso de los días que estuvo en vigor hasta 1582, cuando fue reemplazado por el Calendario Gregoriano, promulgado por el Papa Gregorio XIII. En este sentido y de acuerdo a la conversión planteada por William F. Keegan, el 21 de octu-

por Martín Alonso Pinzón, La Pinta, más ‘velara’ que el resto de los navíos que integraban la flota colombina, avistó tierra a dos leguas e inició una serie de señales protocolarias que emanaban del propio Cristóbal Colón, consistente en disparar un tiro de lombarda y alzar las banderas (Las Casas, 1994:549). A estas indicaciones, se añadieron otras de carácter preventivo, para evitar cualquier accidente con la barrera de arrecife que se extendía alrededor de la ínsula, amainando velas en la noche para temporizar y salir juntos al amanecer, siendo la primera toma de posesión europea a la luz del día, como ha inmortalizado la pintura historicista y cinematografía (Burman, 2006; Lénárt, 2017; Bueno Jiménez, 2019;). Se trata de la isla de ‘Guanahani’, escenario de las primeras interacciones e intercambios entre castellanos y naturales en el Nuevo Mundo. Nada más desembarcar, el Almirante y capitanes de la armada, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, procedieron a la toma de ‘posesión’ de la isla en nombre de los Reyes Católicos, exhibiendo las insignias reales. Acto seguido y en presencia del escribano de la armada, Rodrigo de Escobedo, junto con los citados capitanes y criados de la Corona, entre los que se encontraba Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor de toda la armada y, Pedro Gutiérrez, repostero de los estrados del rey, iniciaron la protocolización de la toma de posesión de la isla (Las Casas, 1994:552-553), que el Almirante ‘bautizó’ San Salvador [Watlings].

Posterior a dicho acto protocolario y días subsiguientes, del viernes 12 al domingo 14 de octubre, europeos y lucayos entablaron una base de mutuo entendimiento a través del intercambio y regalo de objetos materiales, bienes de consumo y animales vivos, ya fuese en tierra o a bordo de los navíos y embarcaciones menores, integradas por un batel y dos barcas. Dicho fenómeno, dio inicio a una expansión transcontinental de personas, animales y bienes a una escala sin precedentes (Crosby, 1972), que vendría a escalar exponencialmente en viajes subsiguientes. En este sentido, los bienes que ofrecieron los tripulantes de la armada a los habitantes de las Bahamas en primera instancia y,

bre de 1492 fue cuando Cristóbal Colón y sus hombres desembarcaron en Guanahani (Keegan, 1992:187).

posteriormente, de las Antillas Mayores, estaban integrados por objetos que los portugueses previamente habían empleado en los intercambios con diferentes comunidades del África Occidental (Teixeira, et al. 2015). De hecho, es probable que Colón durante su etapa portuguesa se involucrara en ese tipo de comercio y adoptara algunas de las baratijas que posteriormente empleó, por lo general, de un escaso valor en la Península Ibérica, a excepción de algunos bienes que se obsequiaban a los jefes locales, como veremos a continuación. Al respecto, los bienes europeos que más apreciaban las comunidades nativas fueron los forjados en metal y en vidrio, al sobresalir por su brillo, translucidez, resplandor y luminiscencia, propiedades que metafóricamente asociaban con la energía y poder espiritual (Berman, 2021:129). Por suerte, algunas de estas mercancías han sobrevivido y fueron recuperadas por Charles Hoffman, Mary Jane Berman y Perry L. Gnivecki en el sitio de Long Bay, en la parte occidental de la isla de San Salvador.

Sucesos similares ocurrieron en el resto de las islas bahameñas a las que arribó la flota colombiana, como Rum Cay, Long Island, Long Cay, Crooked Island, Acklins y Ragged Island, con la diferencia de que hasta la fecha no se ha encontrado evidencia europea del Contacto inicial, aunque las fuentes etnohistóricas registran un trueque constante de bienes de origen europeo (véase Tabla 2) y, particularmente, en Long Island, tercera porción de tierra a la que arribó Colón. Según revelan los estudios de asentamientos que emprendieron William F. Keegan y Steven Mitchell en la isla, esta fue propicia para los encuentros, al contar con más de cuarenta sitios del horizonte *Lucayan*, exactamente dieciséis en la costa este (Mitchell y Keegan, 1987). De ahí, la intensidad de los encuentros en la parte oriental y desembocadura del arroyo que flanquea la actual Newton Cay, donde Keegan y Mitchell encontraron restos de una aldea próxima a un estanque de agua dulce, que asociaron con el que abasteció a Colón (Mitchell y Keegan 1987:93-94). El modelo de interacción social que implantaron se cimentó sobre la base del trueque y el regalo, a través de objetos materiales que actuaron como un ‘gozne’ en la articulación de las relaciones sociales desde la antropología se puede describir como reciprocidad negativa.

Por ejemplo, las cuentas de vidrio, fragmentos de escudillas, sonajas de latón y agujetas de la época, entre otras, cuya naturaleza se diversificó conforme avanzó el primer viaje.

El mismo modo de proceder acaeció en la costa Nororiental de Cuba, desde las costas de Camagüey hasta su promontorio más oriental, punta de Maisí, donde localizaron pequeños campamentos de pescadores, aislados y vacíos, cuya actividad consistía en pescar, secar el pescado y enviarlo a los asentamientos de interior (Wilson, 1990:54). Con relación a eso, Las Casas indica que el Almirante creía que “aquella gente debía ser toda pescadores que llevaban el pescado la tierra dentro” (Las Casas, 1994:577). De ahí el escaso número de referencias (véase tabla 2 & 3), limitándose a los encuentros en la ensenada de Mares, que algunos autores han identificado como la actual Bahía de Gibara (Wilson, 1990:54) o Bahía de Baracoa (Las Casas, 1994:577; Fernández de Oviedo, 1992:27). Con la esperanza de tener noticias de los reinos del Gran Khan, Colón organizó el 2 de noviembre una expedición de reconocimiento al interior, encabezada por Rodrigo Xerez, quien había participado en una misión portuguesa en tierras africanas para conocer a un jefe local, y el judeoconverso Luis de Torres, quien había vivido con el Adelantado de Murcia y sabía hebreo o caldeo, además de un poco de árabe, junto con dos naturales intérpretes proveídos de ‘sartas’ de cuentas y otras baratijas para rescatar por alimentos que escaseaban (Las Casas, 1994:582). En su caminata pasaron por dos aldeas indígenas, una con cincuenta casas y mil habitantes, donde fueron recibidos con todos los honores y aposentáronlos en la casa principal (*caney*). Es probable que este encuentro tuviese lugar en una aldea al norte de la provincia de Holguín, una de las áreas con mayor concentración de sitios indígenas meillacoides, donde se han recuperados numerosos artículos europeos - El Yayal, Alcalá y El Chorro de Maíta- correspondientes a la ‘colonización’ temprana de la isla (Valcárcel Rojas, 2019:111). Días siguientes, en la ensenada de Mares mientras se calafateaba unos de los navíos, los naturales se acercaban para rescatar de sus madejas de algodón hilado, hamacas y azagayas por cuentas verdes y amarillas, cascabeles, sortijas de latón y algunos ‘bocados’ de pan. Poco tiempo después, el 21 de noviembre, Martín Alonso Pin-

zón se separó del resto de la armada (Las Casas, 1994:595-596; Colón, 2000:123), con la esperanza de hallar la enigmática Babeque, con probabilidad, Great Inagua Island, un trampolín entre Las Bahamas y Cuba, donde creían por señales de los nativos haber abundancia de oro.

Finalmente, el jueves 6 de diciembre, la flota entró en la bahía haitiana de Môle y fondeó en el puerto de Saint-Nicolas (Las Casas, 1994:611), que durante la ocupación francesa llamaban *Le Carenage*, al ser un lugar ideal para carenar los barcos (Morison, 1940:244). Continuó la navegación por la costa Norte, donde Colón y sus hombres avistaron costas abruptas y desoladas a excepción de la bayahonda (*Prosopis juliflora*), una especie de mezquite o árbol leguminoso que a menudo confundían con la nuez moscada y otras especias aromatizantes. Pasaron por un cabo que nombraron de Cinquin y Samuel Eliot Morison identificó con la punta de Bord-De-Mer de Jean Rabel (1940:243), confundiéndola el cronista del Consejo de Indias Juan López de Velasco, con la Baie des Moustiques (1971:56), lugar al que arribaron días más tarde y nombraron Puerto de la Concepción, donde permanecieron varios días. Hasta el momento, no se registraron interacciones en las inaccesibles y pétreas costas haitianas, debido a que las comunidades se localizaban hacia el interior. Por tal motivo, el lunes 10 de diciembre, en las inmediaciones de la aludida Concepción, Colón envió una expedición tierra adentro, conformada por seis hombres armados, decisión que repitió días siguientes, hasta que el miércoles 12 de diciembre, tres marineros capturaron a una mujer nativa que llevaron a bordo de la Santa María, que hizo vestir el Almirante y obsequió con algunas baratijas (Las Casas, 1994:614 y 616; Colón, 2000:125), tratándose del primer testimonio de interacción que se tiene en costas haitianas. Al siguiente día, una nueva expedición integrada por nueve castellanos y un natural intérprete, habiendo caminado cuatro leguas llegaron a una aldea (Colón, 2000:125-126), probablemente en el valle de Les Trois Rivières, donde encontraron “más de mil casas y tres mil hombres” y sus habitantes daban a cambio casabe, pescado y otros alimentos, además de ‘holgar’ al genovés con guacamayas (Las Casas, 1994:617), aves que a menudo demandó a

través de sus intérpretes. Según Pedro Mártir de Anglería, “cogieron cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros amarillos en todo el cuerpo, otros semejantes a los de la India, con su collar bermellón [...] Las alas las tienen de diversos colores, pues las plumas verdes y amarillas tiene mezcladas algunas azules y purpúreas” (1989:13).

El viernes 14 de diciembre salieron de Concepción y llegaron a la Île de la Tortue, aunque se vieron obligados a retornar a la Baie des Moustiques (Las Casas, 1994:619), porque los vientos eran contrarios e impedían la búsqueda de la mitográfica Babeque. Al oeste de la desembocadura de Trois Rivières, que nombraron Río Guadalquivir, fondearon para aprovisionarse de agua y anclaron en Port de Paix (Morison, 1940:251), donde se encontraron el domingo 16 de diciembre con quinientos indígenas junto a su soberano, siendo el primer encuentro con un jefe local en La Española, que trascurrió a bordo de la Santa María. Colón, a diferencia de ocasiones anteriores, alteró el ritual del ‘saludo’ antillano (Wilson, 1990:63), ofreciendo primero de sus viandas y luego los regalos (Las Casas, 1994:620-621), método que paradójicamente repitió el martes 18 de diciembre, con un segundo jefe local y dos asistentes principales en el castillo de popa de la Santa María. Casualidad o no, después de comer uno de los asistentes regaló uno de los ornamentos más distintivos de un jefe local, un cinturón, junto con dos piezas laminadas en oro, resultado de la buena protocolización del ‘saludo’ que se había llevado a cabo. El Almirante, en la misma línea regaló un arambel o colgadura que tenía sobre su cama, pues agradaba al jefe local, incluyendo unas cuentas de ámbar, unos zapatos colorados y una jarra de vidrio (almarraja) con agua aromatizada de azahar (Las Casas, 1994:624-625; Colón, 2000:128). Esta complejidad del ritual, de sus festejos y entregas de obsequios, fue de vital importancia para formalizar alianzas y amistades entre ambas partes.

De forma que, fue en la Baie des Moustiques y, particularmente, en la Bahía de Santo Tomás (Baie de l’Acul), en vísperas al naufragio del buque insignia y posterior al mismo, cuando la ‘economía del regalo’ alcanzó un ritmo frenético y se diversificó en un doble sentido, incorporándose artículos

TABLA I. Evidencia artefactual de los intercambios entre Guacanagarí y Colón

FECHA	OBSEQUIOS A GUACANAGARÍ	OBSEQUIOS A COLÓN
Miércoles 26 diciembre 1492	- Camisa de lienzo - Guantes	- Guaíza - Ajes (boniatos) - Casabe
Jueves 27, diciembre 1492	- No se registran obsequios	- Guaíza - Objetos de oro
Viernes 28, diciembre 1492	- No se registran obsequios	- Objetos de oro
Sábado 29, diciembre 1492	- Bacín de latón - Jarrón de latón o estaño	- Guaíza
Domingo 30, diciembre 1492	- Collar de alaqueques con cuentas de colores - Capuz de lana fina - Borceguí - Sortija de plata	- Corona

Fuentes: Las Casas (1994), Colón (2000), Herrera y Tordesillas (1601).

distintivos de la alta cuna europea –guantes, camisa de lienzo, capuz, borceguí, collar de alaqueques, capuz de lana fina, bacín de latón y jarrón del mismo material o estaño– y de los caciques, que incorporaron sorprendentemente los cinturones y las *guaízas*, elementos que actuaron como base de un entendimiento mutuo, de un ‘contrato social’ (Morsink, 2013:313), cuyo fin era establecer relaciones duraderas tras el fatídico naufragio de la Santa María (‘La Capitana’) en la Nochebuena de 1492. De acuerdo a la Tabla 1, las relaciones diplomáticas alcanzaron una gran escala, de obsequios simbólicos para afianzar una alianza con Guacanagarí, para contar con su ayuda para el rescate y almacenamiento del matalotaje que había quedado en el buque varado, descargando el bizcocho, vino, semillas para sembrar, ropa, tablazón, clavos, toneles y una diversidad de mercancías que los reyes habían comprado para subsistencia de la tripulación e intercambio por oro (Las Casas, 1994:651). Más aún, era necesario asegurar una plataforma donde asentarse y disponer del suministro indígena para el tornaviaje, así como de los 39 hombres voluntarios que se quedaban en la villa fortificada de La Navidad. De igual forma, a Guacanagarí le interesaba forjar esta alianza para obtener una ventaja estratégica sobre sus enemigos potenciales en la isla, Caonabó y Behechio.

Del 4 de enero al 16 del mismo mes, Colón continuó las interacciones más allá de la Navidad,

aunque se limitaron al extremo nororiental de la Península de Samaná, del 13 al 15 de enero de 1493, dentro de la Bahía del Rincón que nombró Golfo de las Flechas (Vega, 1992). Durante esos días la flota se proveyó de agua y algunos alimentos, interactuando con ciguayos que hablaban de una manera diferente y “no podían entenderlos los indios de San Salvador” (Colón, 2000:136). Los castellanos rescataron dos arcos y algunas flechas, subiendo a bordo de La Niña a un nativo al que le ofrecieron de comer y obsequiaron con pedazos de paño de colores y cuentas de vidrio. Cuando lo regresaron a tierra, encontraron en la playa, escondidos entre los árboles, cincuenta y cinco ciguayos, con los que entablaron unas complicadas negociaciones, las cuales derivaron en rencillas y en el estallido de la primera escaramuza en el Nuevo Mundo (Las Casas, 1994:667; Colón, 2000:137). A pesar de ello, las relaciones se reestablecieron al día siguiente cuando un cacique local junto a sus súbditos obsequió en señal de paz unas “cuentas de cierta especie de piedra que ellos apreciaban mucho” (Las Casas, 1994:669). Se tratan de las *cibas*, unas cuentas líticas que las comunidades antillanas a menudo obsequiaban para dirimir conflictos, desavenencias y formalizar compromisos. El martes 15 de enero de 1493, se retomaron las negociaciones, ofreciéndoles el Almirante bizcocho y miel, un bonete colorado, unas cuentas y un pedazo de paño colorado, mientras la contraparte entregó

una ‘corona’ de oro, algodón, casabe, ajes y otros alimentos que no se detallan (Las Casas, 1994:667).

Baratijas de vidrio, metal y otros objetos brillantes

Entre el material intercambiable con fines comerciales y diplomáticos empleado por los castellanos con lucayos y antillanos en el primer viaje, no faltan dentro de las baratijas, las ‘mercerías’ de la segunda mitad del siglo XV, elaboradas en vidrio y metal, categoría que comprende todo un conjunto de objetos menudos y de escasos valor, como alfileres, agujas, cascabeles, cuentas de vidrio, entre un largo etcétera. Precisamente, las ‘cuentas’ de vidrio color verde y amarillo fueron las más empleadas en el primer viaje (véase Tabla 2), siendo raras encontrarlas en los sitios arqueológicos, incluyendo aquellas variedades de mineral y ámbar, que se reportan en las crónicas como ‘perlas’ y ofrecían sueltas o ensartadas en collares o gargantillas, como sucede con las localizadas en Long Bay (Hoffman, 1986:240), donde se hallaron nueve de color verde transparente y una de ámbar de plomo, probablemente fabricadas en Venecia, o los antiguos reinos de Portugal y España, mediante la técnica de bobinado de alambre (Brill et al. 1986: 253). Según Berman y Gnivecki es probable que las de color verde las asociaran las comunidades ‘lucayas’ con la jadeíta, mientras las amarillas las confundiesen con el cuarzo amarillo y ámbar, materiales exóticos en Las Bahamas. De ahí su constante intercambio y registro entre las mercerías que solicitó Colón a los Reyes Católicos para la preparación del primer viaje, que transportaron en ‘arcas de rescates’ para comerciar con los súbditos del Gran Khan:

“Lo que pedía para su viaje fue lo que se sigue: Lo primero, que el rey le armase tres carabelas bastecidas de gente y de vituallas para un año, con las cosas demás necesarias para navegar, y ciertas arcas de rescates, conviene a saber, mercería de Flandes, como son los cascabeles, bacinetas de latón, hoja del mismo latón, sartas de cuentas de vidrio de diversos colores, espejuelos, tijeras, cuchillos, agujas, alfileres, camisas

de lienzo, paño basto de colores, bonetes colorados y otras cosas semejantes, que todas son de poco precio y valor, aunque para entre gente dellas ignorante de mucha estimada” (Las Casas, 1994:495).

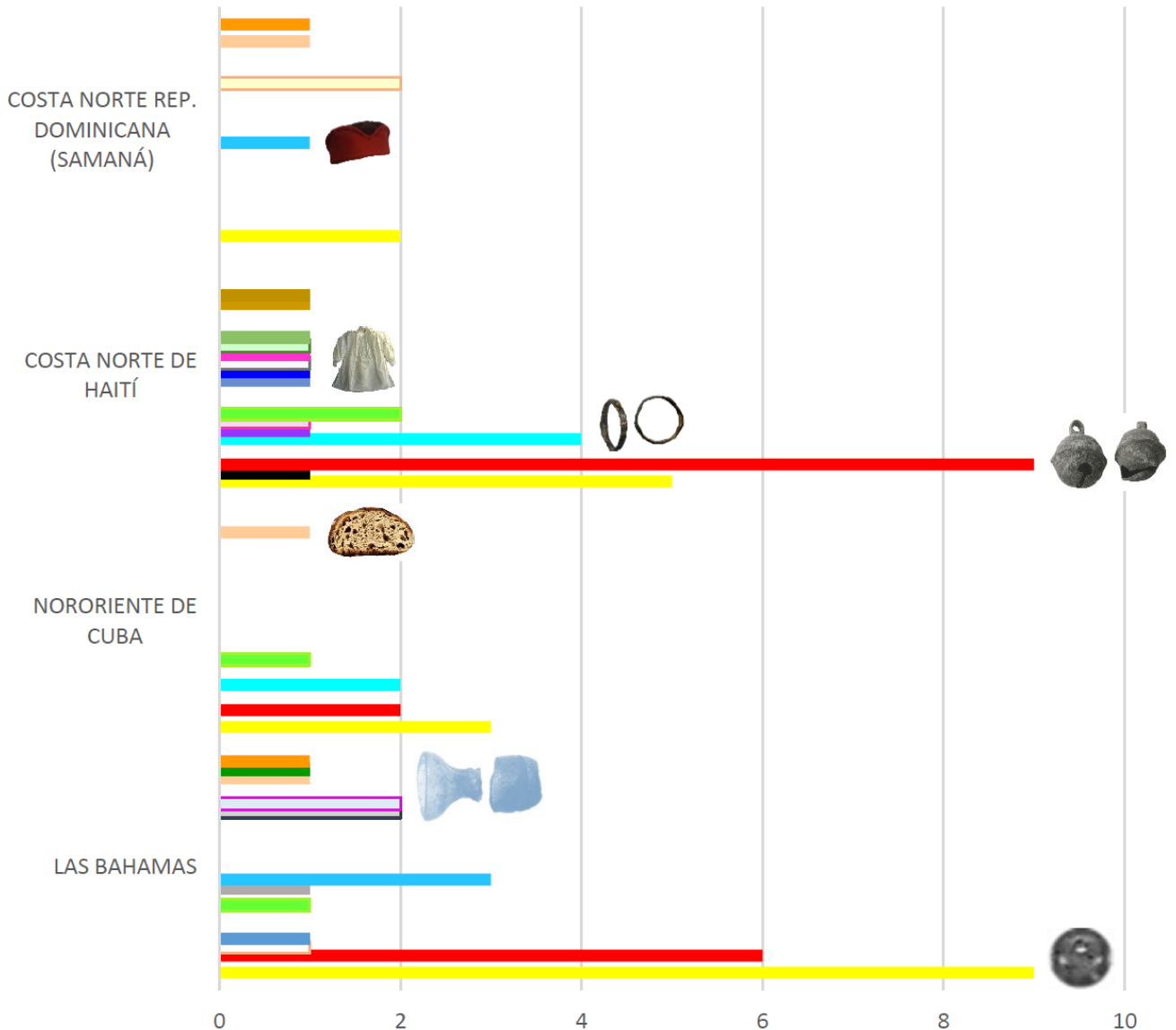
Dichas ‘arcas de rescate’ debieron transportarse en la nao Santa María, al ser el navío de “carga para el convoy”, a diferencia de La Pinta y La Niña, dos barcos “mercantes, ligeros y sin bodegas” (Mártir de Anglería, 1989:9). Algunas se quedaron en la villa de La Navidad bajo custodia de Rodrigo de Escobedo, a quien le encomendó Colón el oficio de justicia en la isla y custodia de dichas arcas, como consta en una carta que le escribió el propio Colón, el 4 de enero de 1493, encargándole la “custodia e guarda de cuatro caxas grandes y las V más chicas que os entrego y que son de muy mysmo por ser cosas que me dio Gucanaxari e sabedes e non debeys de mostrar ny dar si no a pedimento”⁴. Asimismo, el fragmento manifiesta una recepción ingenua y ‘ventajosa’, no recíproca, de manera consciente por parte del europeo, con respecto a su contraparte, el natural americano, al que presenta como ‘ignorante’ y entusiasta, pues ofrecía bienes muy representativos de su cultura material (véase Tabla 3). Aquí radica la acción del ‘rescate’, en la diferencia de valor que cada parte atribuía al artículo que obsequiaba y percibía (Valcárcel Rojas, 2019:103), por lo general, cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, por madejas de algodón hilado, casabe y oro de aluvión y, en menor proporción, bacinetas y sonajas de latón, espejos o fragmentos de cristal, tijeras, cuchillos, agujas, alfileres y textiles (bonetes, camisas de lienzo y paños de colores).

Desde el primer encuentro en Guanahaní aparece el trueque de ‘cuentas’, alfileres, agujas, cascabeles y otros bienes materiales sin mencionar, pero se han podido recuperar entre la evidencia arqueológica del primer ‘Contacto’. Por ejemplo, dos hebillas pequeñas de bronce emplomado localizadas en Long Bay (Brill et al. 1986:254), que abun-

⁴ “Carta de Colón a Rodrigo de Escobedo, encomendándole la custodia de cajas”, costa Norte de La Española, 4 de enero de 1493. Biblioteca Nacional de España, Mss (Provincial, 11). Se incluye dentro de la Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506) (1994:248).

TABLA 2. Referencias de obsequios de origen europeo en la crónica

- Miel
- Vino
- Pan o bizcocho
- Almarraja
- Espejo o fragmentos
- Copa de vidrio o fragmentos
- Loza tosca (escudilla y fuentes)
- Paño basto de colores
- Arambel
- Borceguí
- Capuz
- Guante
- Camisa de lienzo
- Zapatato
- Bonete
- Moneda
- Lengüeta
- Agujeta
- Jarra de latón o estaño
- Bacín
- Sortija de latón o plata
- Alfiler
- Sonaja de latón
- Cascabel
- Collar de alaqueques
- Cuenta de vidrio o ámbar



Fuentes: Herrera y Tordesillas (1601); Las Casas (1994); Colón (2000).

dan en sitios posteriores como La Isabela (Deagan, 1995, 1987; Deagan y Cruxent, 2002a, 2002b), Concepción de la Vega (Kulstad González, 2002:142 y ss), Caparra (Schiappacasse, 2021), etc. Asimismo, dentro del ‘toma y daca’ se incluyeron ‘alfileres’, mercería que registró Hernando Colón (2000: 113) y Las Casas, aunque las referencias son limitadas y no tenemos evidencia arqueológica del primer viaje. Por el contrario, los cascabeles de aves rapaces (Coma, 1984:196), de formas esféricas y elaborados en bronce o latón (Deagan, 2002:142 y ss), fueron de especial interés para los indígenas, cuya preferencia expresaban imitando el sonido del tintineo o profiriendo la expresión “chuque, chuque, cascabeles” (Las Casas, 1994:640). Probablemente, esta connotación de aprecio cambió tras la imposición castellana del sistema de tributos (Keehnen, 2019:73), basada en la entrega de un cascabel de oro por persona cada tres meses. Entre la evidencia arqueológica no se ha reportado este artefacto referente al primer viaje, al igual que las agujetas, una especie de cordón o cinta con una ‘aguja’ en su extremo, con forma de tubo de aleación de cobre enrollado (Deagan, 2002), también referida en las fuentes como ‘lancete’ o ‘herrete’, cuya función era unir o ajustar el traje, y de la que tenemos referencias en las inmediaciones del puerto de Mares, Cuba. No obstante, como sucede con los artículos anteriores, se ha reportado en sitios tardíos como Concepción de La Vega, donde Pauline M. Kulstad-González identificó y clasificó varios ejemplares en un pozo del Fuerte más próximo a la Catedral, junto con dos alfileres, dos hebillas de zapatos y un par de tijeras (2020:156). Por último, cabe mencionar las monedas, aunque no se cataloguen como ‘mercería’, sino como medida de cambio por su valor, se encuentran entre los pequeños artículos acuñados en metal. Algunos hombres de Colón, el sábado 13 de octubre de 1492, intercambiaron en Guanahani tres ceutís de Portugal por dieciséis ovillos de algodón (Colón, 2000:113). Precisamente, en Long Bay se encontró una moneda corroída y fragmentada que coincide con las ‘blancas’ del reinado de Enrique IV de Castilla, emitida entre 1471 y 1474 (Brill et al. 1986:256-257).

Cultura material utilitaria europea

A las mercerías de escaso valor se añadieron otros bienes utilitarios no decorativos, de uso diario, que involucraban bacinetas de latón, copas de cristal, fuentes de loza (Mártir de Anglería, 1989:11), que se dañaron durante la navegación, fragmentos de vidrio, platos, escudillas y tazas, asociadas con vajillas recubiertas con esmalte de plomo estilo ‘melado’, es decir, loza color miel (marrón dorado), resultante de la intrusión de un óxido de hierro típico del suroeste de Andalucía (Deagan, 1987:48). Hay referencias de este tipo de cerámicas coloniales tempranas en La Isabela (Deagan, 1987; Deagan y Cruxent, 2002a, 2002b), Puerto Real (Deagan, 1995), La Vega Real (Ortega Álvarez y Fondeur de Ortega, 1978, Kulstad-González, 2020), Caparra y San German (Schiappacasse, 2021), Nueva Cádiz (Antczak et al. 2019), Sevilla Nueva (Henry y Woodward, 2019), Yayal, Alcalá y El Chorro de Maíta (Valcárcel Rojas, 2016, 2019), entre otros. Igualmente, se recuperó en Long Bay un pequeño fragmento de mayólica vidriada en blanco (Hoffman, 1986:241) tipo Columbia (*Columbia Plain*), típica del barrio sevillano de Triana (Brill et al. 1986:255), incluyendo algunos fragmentos de un tarro de aceitunas de loza tosca sin esmaltar (figs. 1, 2 y 3), cuya forma alta y globular, tipo ánfora, con una boca restringida y dos asas toscas por debajo del cuello, permiten identificarla como un estilo temprano de las que pudo llevar Colón en las bodegas de los navíos para almacenar líquidos junto con las ‘pipas’, barriles de vino y otras cerámicas ‘utilitarias’, como reveló el naufragio de Molasses, que entre los fragmentos de cerámicas (Keith et al. 1984:57) aparecieron de tinajas de aceitunas y lozas toscas.

Se mencionan fragmentos de vidrio entre los obsequios y rescates del primer viaje, material traslucido que llegó a recuperarse entre los restos de la aldea ‘taína’ de Maima (Henry y Woodward, 2019:87), en las proximidades de la villa Sevilla la Nueva (1509), Jamaica, cerca de la St. Ann’s Bay, los cuales pudieron ser introducidos en 1503, cuando Colón y su tripulación en el cuarto viaje pasaron un año abandonados en tierras jamaicanas y buscaron refugio en la aldea de



FIGS. 1 Y 2. Fotografías tomadas por Perry L. Gnivecki (†), Miami University. A la izquierda, se aprecia a Charles Hoffman analizando una tinaja de aceitunas sin esmaltar de estilo temprano encontrado en Long Bay (S.f.). Lado derecho, aparece Mary Jane Berman y Charles Hoffman junto con la reconstrucción de la jarra a partir de fragmentos. Cortesía de Mary Jane Berman, Miami University

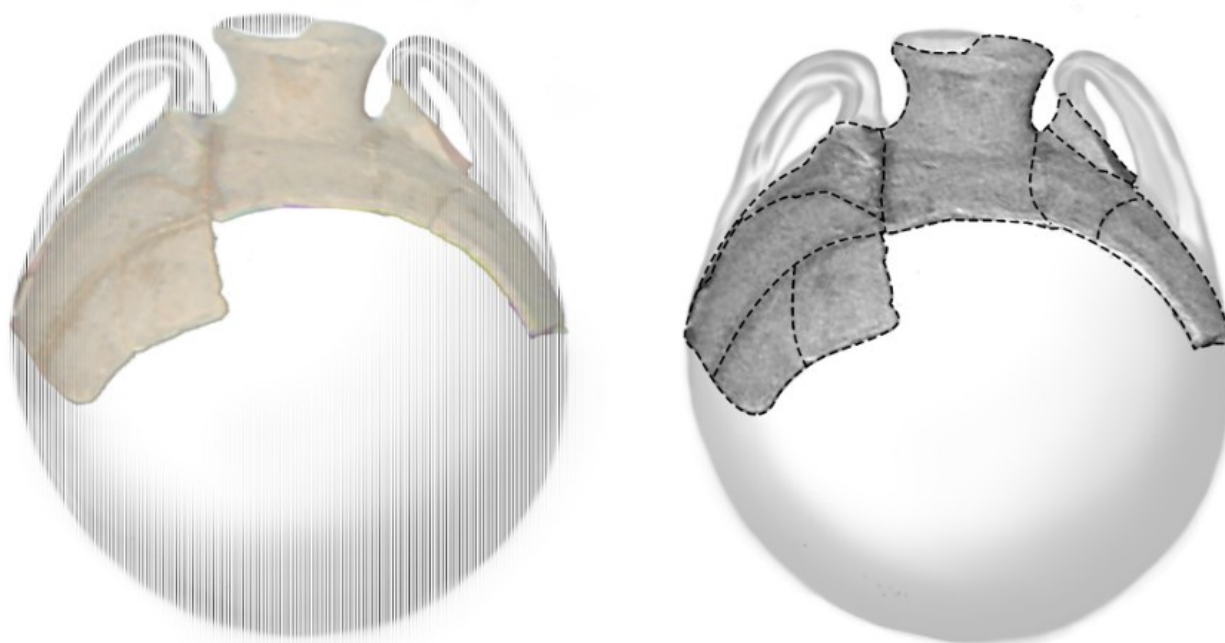


FIG. 3. Reconstrucción digital de Jazmín Fonseca Piña, Universidad Anáhuac México, a partir de la evidencia arqueológica de la jarra de aceitunas sin esmaltar de estilo temprano, encontrada en Long Bay. S.f. por Charles Hoffman

Maima, donde rescataron con los habitantes cascabales, cuentas de vidrio y puntas de encaje por yuca, maíz, jutia y pescado. Por otro lado, hubo otros bienes utilitarios que, a diferencia de las baratijas y textiles, no se registran en la ‘economía del regalo’, porque fueron necesarios para la subsistencia de la tripulación y seguridad de los barcos. Es el caso de los aparejos de mar, que involucraban todo un universo de piezas, instrumentos náuticos y dispositivos mecánicos, desde redes, anzuelos y arpones (físgas) para pescar; las amarras o maromas que se utilizaban para fijar los navíos y embarcaciones menores al fondear la costa o en alta mar; el cabestrante, un dispositivo mecánico que tenemos noticias la noche del lunes 24 de diciembre, cuando la nao Santa María quedó varada; brújulas, relojes de arena, cuadrantes y astrolabios, que debió custodiar el propio Colón; barriles y pipas para almacenar el vino y agua, aunque en ocasiones fungieron como ‘piedra’ de lastre, para evitar que los barcos volcasen, como sucedió durante el tornaviaje con La Niña en el archipiélago de las Azores, donde llenaron las pipas de agua salada para lastrar el navío ante la escasez de bastimentos (Las Casas, 1994:683; Colón, 2000:139); instrumentos punzocortantes (cuchillos y hojas de tijeras), para componer y reparar las averías y grietas de los navíos (tablas y clavos) o agarrar y colgar (ganchos); artículos militares que involucraban armas blancas de filo (espadas), de proyección (ballestas, arcos y flechas), de fuego portátiles (espingardas y escopetas) y artillería pesada (lombardas)⁵, junto con piezas de artillería y munición.

Los tejidos europeos entre la materialidad del intercambio y obsequio

Referente al intercambio y regalo de prendas de vestir, el patrón observado manifiesta un escaso interés del natural por los textiles, ya fuesen de adorno, distinción social o abrigo del cuerpo, al no ajustarse a sus concepciones locales. Por esta ra-

⁵ El naufragio de Highborn Cay, correspondiente a uno de los cayos de Exuma Islands, entre la evidencia que se recuperó aparecen las lombardas, construidas a partir de duelas o aros de hierro forjado (Smith, et al. 1985:64), tipología que seguramente llevó Colón en el primer viaje.

zón, el intercambio de los bonetes colorados y paños de colores, solamente se registran al comienzo y final del viaje (Tabla 2), seguramente porque se percataron que no despertaban el entusiasmo de su contraparte, frente a los artefactos de latón o bronce, menos costosos en la economía europea. Por ello, Diego Álvarez Chanca, médico real de la segunda armada colombina, cuando arribó a las inmediaciones de la villa de La Navidad, la cual hallaron quemada y algunos castellanos muertos, encontraron bernias y otras vestiduras esparcidas (Bernáldez, 1962:292; Álvarez Chanca, 1984:167), que no habían sido recuperadas por los nativos asaltantes, a excepción de una ‘almalafa’, una especie de manto moruno que se utilizaba para cubrir todo el cuerpo y fue hallada en uno de los bohíos cercanos, junto con unas calzas, pedazos de paño y el ancla de la nao que el Almirante había perdido en el primer viaje (Bernáldez, 1962:293; Álvarez Chanca, 1984:168). Los textiles que se obsequiaron e intercambiaron – bonetes colorados, camisas de lienzo, paños de tela, capuz, borceguí, guantes, etc.– iban más allá de ser una mera mercancía de intercambio, al formar parte de un esfuerzo por civilizar a sus anfitriones indígenas, a diferencia de la etapa ‘colonial’ temprana donde el castellano impuso su propio código de indumentaria como símbolo de estatus e identidad, propio de la cotidianidad y sacralización de los muertos, como se ha recuperado entre algunos indígenas enterrados del cementerio de El Chorro de Maíta (Valcárcel Rojas, 2019:114-115).

Desafortunadamente, ninguno de los textiles del primer intercambio colombino y resto de viajes han sobrevivido al paso del tiempo en el medio caribeño, por su naturaleza orgánico-textil y sólo nos quedan las referencias históricas. De los obsequiados, sobresalió el ‘bonete colorado’ (Tabla 2), un tocado de finales del siglo XV e inicios del XVI, de copa redonda de color rojo o negro, fruncido arriba, que habitualmente usaba el hombre renacentista. Por lo general, elaborado en fieltro y en ocasiones forrado de terciopelo, raso, damasco y otros materiales, incluso, le añadían plumas, medallas y otras joyas, que resaltaban la exuberancia de la prenda y persona que lo portaba. Dada su similitud con la ‘gorra’ llegó a confundirse, al punto de hacer referencia ambos conceptos al mismo

tocado. Sin embargo, es necesario precisar que la gorra fue un derivado o variedad del bonete y, a diferencia de este, tenía un ‘ruedo’ o pequeña ala doblada hacia arriba llamada ‘vuelta’. Respecto a los paños de tela, eran comúnmente tejidos en lana y se comercializaban a través de las ferias, mercados locales y regionales castellanos. La crónica limita su intercambio durante el primer viaje a las costas Norte de República Dominicana (Tabla 2), aunque debieron estar más presentes en las transacciones dada su popularidad en las ciudades y villas del reino de Castilla. Según Bartolomé de las Casas eran de colores, lo que permite inferir que eran ‘bernias’, muy al gusto de la de la sociedad castellana de fines del siglo XV, donde el color empezaba a demandarse entre el atuendo (Puñal Fernández, 2018:278). De ahí que se documenten entre las prendas esparcidas cuando regresaron a La Navidad.

En momentos muy puntuales se llegaron a obsequiar textiles que tuvieron una importancia superior incluso al de las propias baratijas, al incorporarse rara vez en las transacciones. Un ejemplo, el ‘borceguí’, un calzado caro de origen morisco documentado a finales del siglo XV (Bernis Madrazo, 1956), que llegaba hasta las inmediaciones de las rodillas y obsequió Colón el 30 de diciembre de 1492; otro tanto sucede con los ‘guantes’, un accesorio personal, normalmente elaborado en piel, que adquirió desde la Baja Edad Media una función eminentemente simbólica, que iba más allá de protección de las manos, convirtiéndose en un elemento de ostentación, estatus y poder. Pero no sólo eso, tal y como ejemplifica Elvira González (2010:9), la entrega de este tipo de accesorios entre personas podía representar la firma de un contrato legal, la compra de un bien inmueble, una promesa inquebrantable, un signo de cortesía y amistad, un elemento de regalo entre los futuros contrayente, así como la recompensa por un servicio prestado o una manera de solicitar un favor. No es casualidad que el Almirante los obsequiase a Guacanagarí poco después del naufragio, como un gesto para solicitar su ayuda y garantizar una alianza. Otros textiles o prendas de vestir, véase Tabla 2, fueron las camisas de lienzo, ropa de interior típica del Renacimiento y Modernidad; los zapatos, sin entrar en detalle de si eran cerrados, abiertos, abotinados, con lengüeta, con borlas, etc.;

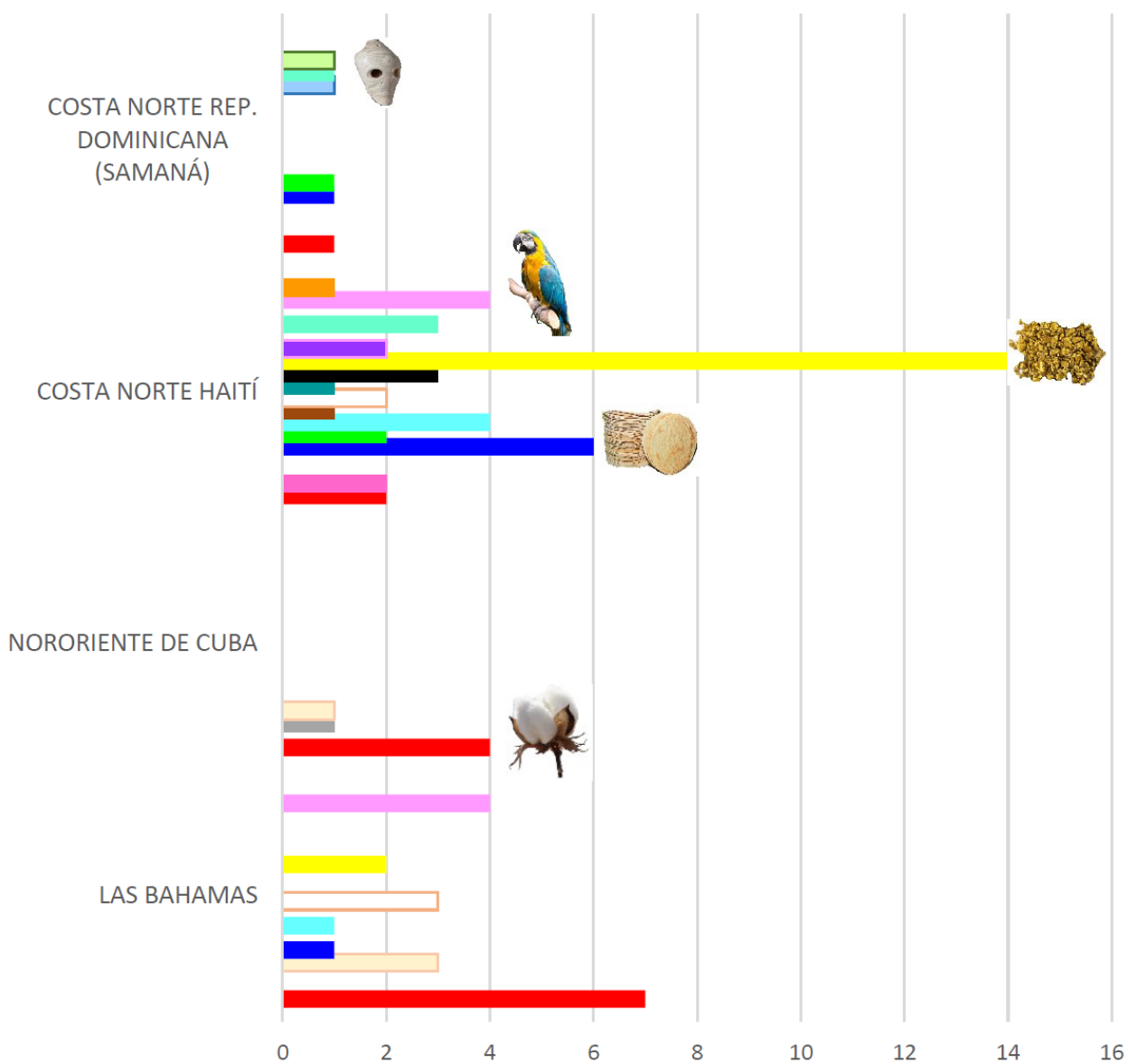
un capuz de lana fina, es decir, una capa cerrada larga que según Sebastián de Covarrubias, “anti-guamente era [h]ábito de los españoles honrados” (1611), y el excepcional arambel de la cama del castillo de popa que obsequió Colón el 18 de diciembre a un jefe local.

Material lucayo y antillano del intercambio

Las comunidades indígenas actuaron como agentes activos en los rescates, trueques y negociaciones. Sería imposible entender los patrones y estrategias de intercambio del primer viaje colombino sin la contraparte nativa. Esta jugó un papel protagónico en las primeras transacciones que se tejieron, ofreciendo de sus bienes utilitarios y consumo, incluyendo animales muy representativos de su cotidianidad. Las fuentes muestran como el algodón estuvo presente de manera regular entre los obsequios e intercambios (Tabla 3), ya fuese en crudo o hilado, el cual recolectaban a partir de la pelusa de plantas herbáceas del género *Gossypium* de la familia *Malvaceae*. A partir de esta fibra textil se elaboraban muchos productos simbólicos y cotidianos como redes, hamacas, naguas (faldas), tocados, cinturones y efigies humanas o cemíes. Así, uno de los objetos más simbólicos dentro de la economía del ‘regalo’, fueron los cinturones prehispánicos, identificados en las fuentes etnohistóricas como ‘cintos’ y elaborados a partir de algodón trenzado, en ocasiones cubiertos de abalorios meticulosamente ejecutados, de conchas marinas rojas (*Chama sarda*, ‘almeja cereza’) y blancas (*Lobatus gigas*, ‘caracola reina’), junto con semillas negras de vegetales y frutas, como manifiesta el cinturón de algodón conservado en el Museum für Völkerkunde de Viena, un artefacto portátil resignificado, resultado de un sincretismo cultural, que incorpora en su confección elementos propios de la materialidad europea. En la actualidad, sólo se han localizado dos cinturones de algodón antillano, el de Viena (figs. 3 y 4) y otro custodiado en el Museo Nazionale Preistorico Etnografico Luigi Pigorini, en Roma, que sirve de base al cemí de Pigorini (Ostapkowicz, 2013; Ostapkowicz et al. 2017) y consta de una figura superior colocada sobre un cinturón de tamaño adulto, envuelto alrededor de una base de madera.

TABLA 3. Referencias de obsequios de origen local (lucayo & antillano)

- Ansár (Ave)
- Papagayo
- Arco / flecha
- Guaizas
- Ciba
- Cinturón
- Oro aluvión o laminado
- Caza (Sin especificar)
- Fruta (Sin especificar)
- Agua
- Ají
- Pescado
- Aje (Boniato)
- Casabe
- Azagaya
- Hamaca
- Paño de algodón (enagua)
- Algodón en crudo o hilado



Fuentes: Herrera y Tordesillas (1601); Las Casas (1994); Colón (2000).



FIGS. 3 Y 4. Cinturón de algodón con cuenta de concha locales y agregados de azabache europeo, latón y espejos, con figura central de cemí. Longitud: 1165 mm; Altura: 70 mm. Cortesía del Museum für Völkerkunde, Viena. Núm. Inventario: 10.443

Tenemos noticias del trueque y regalo de la ‘azagaya’, una especie de ‘dardo’ o arma arrojada de punta aguda y tostada, generalmente elaborada a partir del *copey*, que armaban en unos de sus extremos con un “diente pez” (Colón, 2000:112), en realidad fragmentos de hueso astillado de manatí o espina de la cola de pez de mantarraya (García Arévalo, 2019:118). Este tipo de ‘lanza’ o ‘dardo’ comúnmente lo empleaban para pescar, aunque también podía servir para la defensa de grupo externos, como observó Colón entre los moradores de Guanahaní, que presentaban algunas heridas por ataques de grupos ‘extranjeros’ procedentes de islas cercanas, a los que combatían constantemente desde el periodo Lu-

cayo Tardío. Parecer ser que el intercambio de este ‘dardo’ quedó restringido a Las Bahamas y Cuba, al no tener más referencias (Tabla 3).

No obstante, la mercancía más ofrecida ante la reitera demanda de los europeos (véase Tabla 3) fue el oro, nombrado al noreste de La Española como ‘tuob’, ‘cacona’ al oeste, ‘nozay’ en Cuba y Las Bahamas (Las Casas, 1994:581 y 641), ya fuese en pepitas que recolectaban en los ríos o mediante objetos laminares, que fabricaban con la técnica del martilleo en frío, aunque en ocasiones le aplicaban calor para facilitar la unión (Valcárcel Rojas y Martín-Torres, 2013:505 y 516). Este lo ofrecían a cambio de las baratijas de latón y bronce (Las Casas, 1994: 641), que asociaban

con sus narrativas míticas, con lo brillante y numinoso (Valcárcel Rojas, 2019:102). Precisamente, el latón y el bronce tuvieron un atractivo especial, al compartir similitudes con el guanín, una aleación autóctona de cobre, oro y plata de color rojizo y brillante, relacionada con personas de alto estatus y con eventos especiales (Valcárcel Rojas y Martín-Torres, 2013:505). Su brillo y color evocaban al cielo, ‘turey’, concepto que a menudo designó una variedad de objetos metálicos europeos, entre los que se incluía el latón (Oliver, 2000 y Vega, 1987), el bronce (Valcárcel Rojas y Martín-Torres, 2013:507) y la plata, metales que despertaron gran interés en Guacanagarí, quien fue agraciado con un bacín de latón y anillo de plata, accesorios personales de Colón.

En contextos muy específicos, donde primó un intercambio personalizado entre ambas partes, los jefes locales obsequiaron bienes muy excepcionales de su cultura material, como los elaborados a partir de la concha *Strombus gigas*, *Strombus costatus* u otras especies similares, símbolo de su poder y jerarquía. Es el caso de las *guaizas*, un artefacto enigmático de la arqueología antillana, que en ocasiones estuvo ligado al cinturón como una pieza central, como manifiestan las perforaciones que permiten unirlos con hilos o cuerdas a otros adornos, principalmente atavíos de los jefes locales (Tabla 1 y 3). Este tipo de objeto era reconocible por su ‘rostro de concha’ con expresión espectral, con o sin anteojos y una boca abierta de par en par, mostrando un conjunto de dientes apretados y aspecto feroz (Arrom, 1973; Alegría, 1995), que la vinculaban con lo sobrenatural y ancestral, aunque José R. Oliver lo asocia con la cabeza o rostro del alma del cacique viviente (Oliver, 2009:148). Por lo que, al entregar este tipo de artefacto a Guacanagarí, se obsequiaba una parte potente de su alma viviente. Por esta razón, este tipo de artículos solamente se regalaban en encuentros muy específicos y raros, normalmente con jefes foráneos, como ocurrió con el propio Colón, a quien los antillanos veían como un *guamiquina* (wam[a]ikina), ‘nuestro señor principal’ (Oliver, 2009:149). Las Casas registra en el primer viaje *guaizas* de oro puro, aunque Angus A.A. Mol desmitifica la existencia de este tipo de artefactos que no se han encontrado entre

la evidencia arqueológica (2007:93), resultado de las imaginativas y obsesivas lucubraciones del genovés por encontrar oro. En cualquier caso, el recubrimiento aurífero se debió limitar a láminas y enchapados de oro, así como a incrustaciones del mismo metal o concha, que se untaban a una resina o alquitrán en las cavidades talladas.

Dentro del selecto grupo de objetos que distinguían a los miembros de la élite antillana y aparecen entre las dadas para honrar a Colón y su tripulación, están las sargas o cuentas de collares de roca marmórea, llamadas ‘cibas’ (García Arévalo, 2019:113), cuya referencia se circunscribe a los encuentros en Samaná con los ciguayos. Estas eran muy estimadas por las comunidades caribeñas y obsequiaban para efectuar un pacto o alianza con los progenitores de la prometida, así como ornamentos y amuletos de concha y hueso tallado, que jugaron un papel destacado como adornos corporales y en la cosmovisión de las sociedades prehispánicas caribeñas.

Bienes de consumo y animales vivos

De acuerdo con la información de la Tabla 3 con base al número de referencias contenidas en la cronística, lucayos y antillanos proveyeron en diversas ocasiones de agua dulce a la tripulación colombina, que almacenaban en los barriles y pipas. No faltaron entre los bienes de consumo, pescado, hortalizas, frutas, ají (*Capsicum sp*) y raíces tuberosas como el boniato y yuca, siendo el derivado de esta última el más ofrecido, el casabe. Por el contrario, los castellanos rara vez ofrecieron de las vituallas (Tabla 2) que embarcaron en Palos de la Frontera y el archipiélago de las Canarias, en especial, La Gomera, consistentes en algunos bocados de pan o bizcocho, vino, miel de azúcar, carne salada⁶ y pescado⁷.

⁶ No se especifica qué tipo de carne embarcaron en el primer viaje en La Gomera, aunque lo más probable es que fuese de puerco y, particularmente, uno de sus derivados, el tocino, un producto curado en salmuera que a menudo se incluía entre los matalotajes de las embarcaciones (Colón, 2000:98; Fernández de Oviedo, 1992:24).

⁷ “Real Provisión a las autoridades de las ciudades y villas costeras para que proporcionen a Cristóbal Colón todos los elementos necesarios a su expedición”, Granada, a 30 de abril de 1492, señala la obligación de las ciudades y villas

Por último, resaltar los animales vivos que obsequiaron las comunidades caribeñas, ya fuese para el consumo, entre otros, peces, mariscos, jutías y ánades, hasta aves exóticas como el guacamayo rojo (*Ara macao*), cuyo colorido plumaje y graznidos provocaron el asombro y demanda del Almirante en los intercambios. De esta última, varios ejemplares fueron trasladados durante el tornaviaje y exhibidos por las calles de Lisboa e itinerario de Sevilla a Barcelona. Los Reyes Católicos quedaron tan fascinados de la belleza de estas aves y, particularmente, Fernando el Católico, gran aficionado a las aves exóticas y cetrería, que solicitó para el segundo viaje capturar algunos ejemplares. Por tal motivo, entre los hombres, mujeres y niños que se embarcaron en la segunda travesía colombina, aparece la figura del cetrero Pedro Dársena (León Guerrero, 2000:118 y 312).

Consideraciones finales

Dado que no se dispone de información que permita cuantificar el volumen de mercancías que se intercambiaron durante el primer viaje, se recurrió a las referencias contenidas en un corpus de fuentes, siendo la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas la principal, al insertar y extractar la memoria del primer viaje dentro del capitulado del libro primero. A partir de esta se puede observar una transferencia o adquisición constante de cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, por oro, algodón hilado y casabe, como consta en la tabla 2 y 3, con la finalidad de afianzar alianzas interculturales dentro de un ambiente donde no se había impuesto la dominación europea. Este esquema de socialización entre extraños, mediante la entrega de bienes como obsequio o como parte de un intercambio recíproco, ayudó a superar las barreras idiomáticas del primero y resto de viajes colombinos.

Esta recepción interétnica inicial involucró ‘objetos no resignificados’ (*non-resignified objects*), ya sean de la parte europea e indígena, al mantener la esencia primigenia de su materialidad, sin alterar,

frente a los ‘objetos resignificados’ (*resignified objects*) o transculturales, insertos o modificados dentro de la materialidad nativa, cuyos significados y valores estéticos iniciales se transfiguraron o se perdieron, resultado del contacto permanente e imposición de los esquemas mentales y materiales del ‘colonizador’. En este sentido, las interacciones del primer viaje colombino fueron esporádicas, enmarcadas en un contexto de exploración, exotismo, de conocerse mutuamente, de construir alianzas y amistades por medio del obsequio y trueque o reciprocidad, sin imponer un modelo de control como ocurrió durante la colonización temprana, que involucró nuevos artículos y estrategias de dominación. No obstante, estos ‘objetos no resignificados’, aunque mantuvieron su naturaleza primigenia inalterable, en el sentido más físico y tangible, no fueron bienes ‘inmaculados’, pues igualmente padecieron nuevos usos y significados en el plano más cualitativo, como sucedió con las baratijas, que de ser un accesorio secundario para el decoro, uso diario o satisfacción personal, se convirtieron en la primera ‘moneda’ de cambio en el Nuevo Mundo. Unas simples agujetas, cuentas de vidrio o sonajas de latón de escaso valor en la Península Ibérica, fueron lo suficientemente exóticas y llamativas para ‘asegurar’ la amistad y colaboración de una comunidad nativa. Por tanto, no se pueden evaluar las baratijas europeas en base al sistema de equivalencias y valores que tuvieron en la Península Ibérica, sino reevaluar los significados que adquirieron en el espacio caribeño y, de un modo en particular, durante el primer viaje colombino.

Agradecimientos

A Pauline M. Kulstad González, Paola A. Schiappacasse y Mary Jane Berman, por el apoyo e interés que siempre han mostrado por el presente estudio.

Bibliografía

Alegría, R. E. (1995). “Alegría sobre la vestimenta y los adornos de los caciques taínos de las Antillas y de la parafernalia asociadas a sus funciones mágico-religiosas”, *Actas del XV Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*. Centro de Estudios Avanzados de

coasteras de proveer a Colón de “pan e vino e carne e pescado o poluora o pertrechos o otras cosas para armar o renovar o bastecer las dichas carabelas” (Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506) (1994:81).

- Puerto Rico y el Caribe, Fundación Puertorriqueña de las Humanidades y Universidad de Turabo. San Juan de Puerto Rico.
- Álvarez Chanca, D. (1984). “Carta del Doctor Diego Álvarez Chanca al cabildo de Sevilla”, Juan Gil y Consuelo Varela (eds), *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*. Alianza Editorial, Madrid.
- Arrom, J. J. (1973). *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Siglo XXI, México.
- Berman, M. J. (2011). “Good as Gold: The Aesthetic Brilliance of the Lucayans”, L. Antonio Curet y Mark W. Hauser (eds), *Islands in the Stream: Migration, Seafaring, and Interaction in the Caribbean*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Berman, M. J. y Gnivecki, P. L. (2019). “Colonial Encounters in Lucayan Contexts”, Corinne L. Hofman y Floris Keehen (eds.), *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden.
- Bernáldez, A. (1962). *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Manuel Gómez Moreno y Juan M. Carriazo. Real Academia de la Historia, Madrid.
- Bernis Marrazo, C. (1956). *Indumentaria Medieval Española*. Instituto Diego Velázquez, CSIC, Madrid.
- Bueno Jiménez, A. (2019). “Cristóbal Colón y el hallazgo de América a través del cine”. *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, núm. 168, vol. 2: 89-119.
- Brill, R. H.; I. Lynys Barnes, S. C. Tong, E. C. Joel (1986). “Laboratory Studies of Some European non San Salvador Island”, Donald T. Gerace (comp.), *Proceedings of the 1st San Salvador Conference: Columbus and His World*. College Center of the Finger Lakes and San Salvador, Fort Lauderdale.
- Burman, C. (2006). “Cristóbal Colón en el cine”, *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana. V Centenario de la muerte de Cristóbal Colón*. Cabildo de Gran Canaria y Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canaria.
- Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506)*, (1994) Juan Pérez de Tudela, Carlos Seco Serrano y Emilio López Oto (eds.). Real Academia de la Historia, CSIC, Fundación MAPFRE América, Madrid, t. 1.
- Colón, H. (2000) *Historia del Almirante*, Luis Arranz Márquez (ed.). DASTIN, Madrid.
- Coma, G. (1984). “Carta del Doctor Diego Álvarez Chanca al cabildo de Sevilla”, Juan Gil y Consuelo Varela (eds), *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*. Alianza Editorial, Madrid.
- Cooper, J., A. V. M. Samson, M. A. Nieves, M. J. Lance, J. Caamaño-Dones, C. Cartwright, P. N. Kambesis y L. del Olmo Frese. (2016). “The Mona Chronicle: The Archaeology of Early Religious Encounter in the New World”. *Antiquity*, vol. 90: 1045–1071.
- Covarrubias Orozco, S. (1611). *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Luis Sánchez, impresor del Rey, Madrid.
- Crosby, A. W. (1972). *The Columbus exchange: Biological and cultural consequences of 1492*. Greenwood, Connecticut y London.
- Deagan, K. A. (1987). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Vol. 1: *Ceramics, Glassware, and Beads*. Smithsonian Institutions Press, Washington y London, vol. 1.
- Deagan, K. A. (2002). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800. Portable Personal Possessions*. Smithsonian Institutions Press, Washington y London, vol. 2.
- Deagan, K. A. (1986). “Initial Encounters: Arawak Responses to European Contact at the En Bas Saline Site, Haiti”, Donald T. Gerace (comp.), *Proceedings of the 1st San Salvador Conference: Columbus and His World*. College Center of the Finger Lakes and San Salvador, Fort Lauderdale.
- Deagan, K.A. (1995). *Puerto Real. The Archaeology of a Sixteenth-Century Spanish Town in Hispaniola*. University Press of Florida, Gainesville.
- Deagan, K. A y Cruxent, J. (2002a). *Archaeology at La Isabela. America's First European Town*. Yale University Press, New Haven y London.
- Deagan, K. A y Cruxent, J. (2002b). *Columbus's Outpost among the Tainos. Spain and Ameri-*

- ca at *La Isabela, 1493-1498*. Yale University Press, New Haven y London.
- Fernández de Oviedo, G. (1992). *Historia general y natural de las Indias*, Juan Pérez de Tudela Bueso (ed.). Atlas, Madrid, t. 1 (2ª edic.).
- García Arévalo, M. A. (2019). *Táinos, arte y sociedad*. Banco Popular Dominicana, Santo Domingo.
- González, E. (2010). *Guantes del siglo XVII*. Ministerio de Cultura, Museo del Traje y Red de Museos de España, Madrid.
- Henry, Sh. y R. Woodward. (2019). “Contact and Colonial Impact in Jamaica: Comparative Material Culture and Diet at Sevilla la Nueva and the Taíno Village of Maima”, Corinne L. Hofman & Floris Keehnen (eds). *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden.
- Herrera y Tordesillas, A. (1601). *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Imprenta Real, Madrid.
- Hoffman, Ch. A. (1986). “Archaeological Investigations at the Long Bay Site, San Salvador, Bahamas”. Donald T. Gerace (comp.), *Proceedings of the 1st San Salvador Conference: Columbus and His World*. College Center of the Finger Lakes and San Salvador, Fort Lauderdale.
- Hofman, C. y Fl. Keehnen (2019). *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden.
- Keegan, W. F. (1997). *Bahamian Archaeology. Life in The Bahamas and Turks and Caicos before Columbus*. Media Publishing, Nassau.
- Keegan, W. F. (1992). *The People Who Discovered Columbus. The Prehistory of The Bahamas*. Gainesville: University Press of Florida.
- Keehnen, Fl. W. M. (2019). “Treating ‘Trifles’: the Indigenous Adoption of European Material Goods in Early Colonial Hispaniola (1492-1550)”, Corinne L. Hofman & Floris Keehnen (eds). *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden.
- Keehnen, Fl. W. M., C. L. Hofman y A. Antczak. (2019). “Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas”, Corinne L. Hofman & Floris Keehnen (eds). *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden.
- Keehnen, Fl. W.M. y A. A. Mol. (2020). “The roots of the Columbian Exchange: an entanglement and network approach to early Caribbean encounter transactions”. *The Journal of Island and Coastal Archaeology*, vol. 16, núm. 2-4: 261-289.
- Keith, D. H., J. A. Duff, S. R. James, Th. J. Oertling y J. J. Simmons. (1984). “The Molasses Reef Wreck, Turks and Caicos, BWI: A Preliminary Report”. *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, vol. 13, núm 1: 45-63.
- Keith, D. H., T. L. Carrell y D. C. Lakey. (1990). “The Search for Columbus Caravel *Gallega* and the Site of Santa Maria de Belén”. *Journal of Field Archaeology*, vol. 17, núm. 2: 123-140.
- Kulstad-González, P. M. (2020). *Hispaniola – Hell or Home? Decolonizing Grand Narratives about Intercultural Interactions at Concepción de la Vega (1494-1564)*. Sidestone Pres, Leiden.
- Las Casas, B. de. (1994). *Obras completas. 3. Historia de las Indias*, Isacio Pérez Fernández (ed.). Alianza Editorial, Madrid, t.1-2.
- Lénárt, A. (2017). “Columbus & Company: The Conquest of the Americas According to the Movies”, en Cristian, Réka M., Kökény, Andrea y Szönyi, György E. (eds). *Confluences: Essays Mapping the Manitoba-Szeged Partnership*. Szeged, Hungría: Jate Presspp, 113-122.
- León Guerrero, M. (2000). *El segundo viaje colombino*. Universidad de Valladolid, Valladolid [tesis doctoral].
- López y Sebastián, L. E. (1983). “Sevilla la Nueva en Jamaica, un proyecto arqueológico”. *Quinto Centenario*, núm. 5: 209-242.
- López de Velasco, J. (1971). *Geografía y descripción universal de las Indias*, Marcos Jiménez de la Espada y María del Carmen González Muñoz. Atlas, Madrid.
- Mitchell, S. W. y Keegan, W. F. (1987). “Reconstruction of the Coastline of the Bahama Islands in 1492”. *American Archaeology*, vol. 6, núm. 2: 88-95.

- Mol, A. A. (2007). *Costly Giving, Giving Guaízas. Towards an organic model of the exchange of social valuables in the Late Ceramic Age Caribbean*. Sidestone Press, Leiden.
- Morsink, J. (2013). "Exchange as a Social Contract: A Perspective from the Microscale", William F. Keegan, Corinne L. Hofman, Corinne y Reniel Rodríguez Ramos (eds). *The Oxford Handbook of Caribbean Archaeology*. Oxford University Press, New York.
- Ortega, E. (2005). *Compendio general arqueológico de Santo Domingo*. Academia de Ciencias de la República Dominicana, Santo Domingo, vol. 1.
- Ortega, E. (1988). *La Isabela y la arqueología en la ruta de Colón*. Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís.
- Ortega, E. (1982). *Arqueología Colonial de Santo Domingo*. Taller, Santo Domingo.
- Ostapkowicz, J. (2013). "'Made... with admirable artistry': The context, manufacture and history". *The Antiquaries Journal*, vol. 93:287-317.
- Ostapkowicz, J., F. Brock, A. C. Wiedenhoeft, R. Schulting y D. Saviola. (2017). "Integrating the Old World into the New: an 'Idol from the West Indies'". *Antiquity*, vol. 91, núm. 359:1314-1329.
- Mártir de Anglería, P. (1989). *Décadas del Nuevo Mundo*. Ediciones Polifemo, Madrid.
- Morison, S. E. (1940). "The Route of Columbus along the North Coast of Haiti, and the Site of Navidad", *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 31, núm 4 (dic), pp. 239-285.
- Oliver, J. R. (2009). *Caciques and Cemí Idols. The Web Spun by Taíno Rulers Between Hispaniola and Puerto Rico*. The University Alabama Press, Tuscaloosa.
- Puñal Fernández, T. (2018). "El trabajo de los paños, elaboración y transformación en el siglo XV: modelos de producción y jerarquización en el eje Burgos-Madrid-Toledo". *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 48, núm. 1: 271-298.
- Rumeu de Armas, A. (1973). *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- Samson, A. V.M y Cooper, J. (2015). "La historia de dos islas en un mar compartido: investigaciones pasadas y futuras en el Pasaje de la Mona". *Boletín Museo del Hombre Dominicano*, año. XLII, núm. 46: 25-47.
- Smith, R. C. (1984). "Fathoming Columbus's caravels Americas". *Americas*, vol. 36, núm. 5, (1984): 18-23.
- Smith, R. C., D. H. Keith y D. Lakey. (1985). "The Highborn Cay Wreck: Further Exploration of a 16th Century Bahaman Shipwreck". *Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, vol. 14: 63-72.
- Schiappacasse, P. A. (2021). "Ajuares colonials: Indicadores de cotidianidad en Puerto Rico en la década de 1510". *Patrimonio*, vol. 10: 42-57.
- Tejera Gaspar, A. (2020). "Los alimentos de las Antillas que Colón trajo al Puerto de Palos en 1493", Juan M. Campos Carrasco (ed.), *La recuperación geoarqueológica del puerto histórico de Palos de la Frontera (ss. XIV-XVI). Medio natural e instalaciones portuarias*. Universidad de Huelva, Huelva.
- Teixeira, A., J. B. Torres y J. Bettencourt. (2018). "The Atlantic Expansion and the Portuguese Material Culture in the Early Modern Age: An Archaeological Approach", Pedro Paulo A. Funari y Maria Ximena Senatore (eds.), *Archaeology of Culture Contact and Colonialism in Spanish and Portuguese America*. Springer, New York: 2015.
- Valcárcel Rojas, R. (2016). *Archaeology of early colonial interaction at El Chorro de Maíta, Cuba*. University Press of Florida, Gainesville.
- Valcárcel Rojas, R. (2019). "European Material Culture in Indigenous Sites in Northeastern Cuba", Corinne L. Hofman y Floris Keehnen (eds). *Material Encounters and Indigenous Transformations in the Early Colonial Americas*. Brill, Leiden 2019.
- Valcárcel Rojas, R. y Martínón-Torres, M. (2013). "Metal in the Indigenous Societies of the Insular Caribbean", William Keegan, Corinne L. Hofman y Reniel Rodríguez Ramos (eds). *The Oxford Handbook of Caribbean Archaeology*. Oxford University Press, New York.

- Vega, B. (1992). *La verdadera ubicación del Golfo de las Flechas*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, M. y Ortega, E. (1992). *La fundación de la villa de Santo Domingo: un estudio arqueo-histórico*. Comisión Dominicana Permanente para la Celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, Santo Domingo.
- Wilson, S. M. (1990). *Hispaniola. Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Woodward, R. P. (2006). *Medieval legacies: the industrial archaeology of an early sixteenth century sugar mill at Sevilla la Nueva Jamaica*. Simon Fraser University, Burnaby [Tesis].

Recibido: 20 de mayo de 2022.

Aceptado: 27 de mayo de 2022.